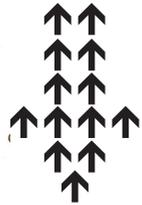


9 789993 992981



mirando  
al sur

**CCE/G**

Centro Cultural de España  
Guatemala



**BORRANDO  
LA LÍNEA**

LIBRO / ISOR

# BORRANDO LA LÍNEA

*Orly Michaeli*

LIBRO VISOR

Michaeli, Orly; Cordón, Edgar. - - Borrando la línea. - - Guatemala :

El Librovisor, Ediciones Alternativas del Centro Cultural de España en Guatemala, 2009. - -

54 p. : il. ; 19 cm. (Migraciones: mirando al sur).

ISBN 978-99939-929-8-1

1. Migraciones – Centroamérica

2. Migraciones – Población Joven

3. Fenómenos migratorios I. Cordón, Edgar. Coaut. II.

Migraciones: mirando al sur

CDU 7:314.7

*Borrando la línea*

**Gemma Gil**

Coordinación editorial

**Lucía Menéndez**

Diseño

**Imagen de portada**

Edgar Cordón (*Soft*)

Diciembre, 2009

**El Librovisor**

Ediciones alternativas del Centro Cultural de España en Guatemala

Esta edición consta de 1,000 ejemplares.

Impreso en los talleres de PrintStudio.

© Centro Cultural de España en Guatemala

Este libro es un proyecto editorial del Centro Cultural de España en Guatemala, entidad que asume todos los gastos de edición, publicación y distribución. Se enmarca dentro de la Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, y por ello es absolutamente gratuito. Queda, por tanto, prohibida su venta.

Se autoriza la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático, siempre y cuando se cite adecuadamente la fuente y los titulares del copyright.

“Mirando al Sur” es un programa conjunto de la Red de Centros Culturales de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). Con el objetivo de abordar el fenómeno migratorio desde una perspectiva diversa, tomando en cuenta su relación con las dinámicas culturales, este programa se articula sobre una investigación académica realizada en El Salvador, Guatemala, México, Costa Rica y Miami, y ha generado una serie de acciones complementarias —edición de discos, una exposición de artes visuales, obras de danza y teatro, además de otras actividades culturales— entre las que se encuentra el cuento que tienen en sus manos.

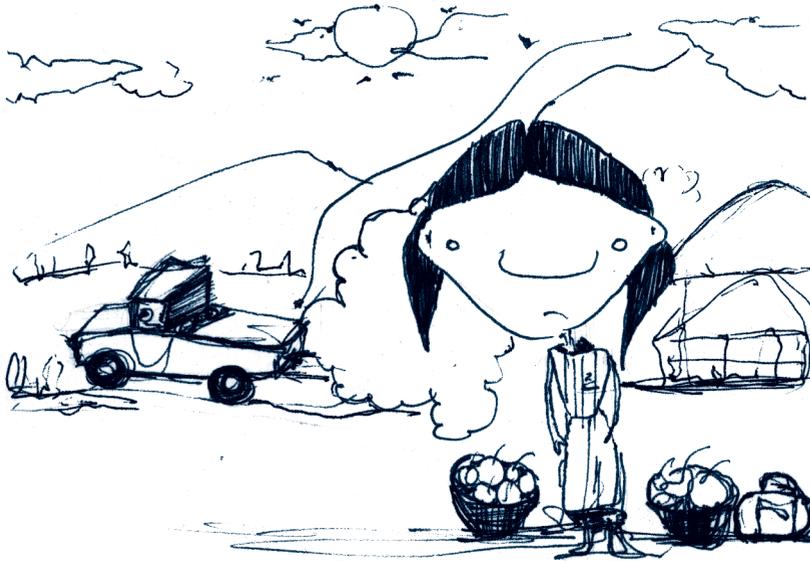
“Borrando la línea” es, por tanto, un formato especial: junto con sus equivalentes del resto de países participantes, nos ofrece una aproximación poco habitual a una constante en nuestros países (la necesidad de abandonar la familia, el hogar y las geografías que conforman nuestro mundo por razones económicas), pues lo hace a través de los ojos de los niños. Este relato, seleccionado por medio de un certamen literario, fue escrito por Orly Michaeli cuando tenía catorce años. Estamos convencidos de que la honestidad y la sencillez de su planteamiento puede aportar tanto como el más sesudo de los estudios sociológicos.

Acompañado por los dibujos de Edgar Cordón, Soft, “Borrando la línea” nos narra un viaje que, a buen seguro, nos dará qué pensar. Que lo disfruten.

*Centro Cultural de España en Guatemala*

# BORRANDO LA LÍNEA

*Por Orly Michaeli*



El pick-up rueda y rueda y el tiempo está perdido. De mi pelo brotan gotas de sudor, como un lavamanos descompuesto. Mis largos mechones negros se han mezclado con los de mis otras compañeras. Las gotas de sudor de los demás se han vuelto las mías. Ya no puedo distinguir mi piel de la de los otros. ¿Dónde estoy? La ventana está empañada de todos nuestros suspiros perdidos. No sé ni qué hora es. Los días se han vuelto un largo trozo de tiempo, como un túnel infinito. Veo el principio, pero aún no llego a ver el final.

El principio. Mi vida antigua. ¿Cómo llegó a ser tan complicada mi vida? La normalidad se ha vuelto una memoria distante que guardé en un cajón inaccesible, a la par de mi esperanza. Y lo increíble es que mientras yo estoy en el baúl de un pick-up, volviéndome una sardina, la vida sigue para todos los demás. En algún lugar, las personas intercambian besos viscosos, comen tortillas bañadas en frijol y bailan al compás pegadizo del reggaeton.

Recuerdo cuando yo hacía esas cosas. Cuando no era una fugitiva. Yo era Yasmín Tuxoy, una jovencita de 17 años que no pensaba en palabras como pasaporte o *migra*. Tenía una casa, en el pueblo Viejo Día. Mis hermanas y yo trabajábamos en la pequeña sastrería de mi padre. Cosíamos mientras el radio murmuraba canciones húmedas que se suspendían en el aire pesado. El ritmo pegajoso se suspendía sobre mi cabeza mientras mis dedos se entumecían por la mala puntería de mi aguja. Mis hermanas y yo regresábamos a la casa para cocinar la cena a mis hermanos. Cuando volvían del colegio, se sentaban alrededor de la mesa, ignorando sus



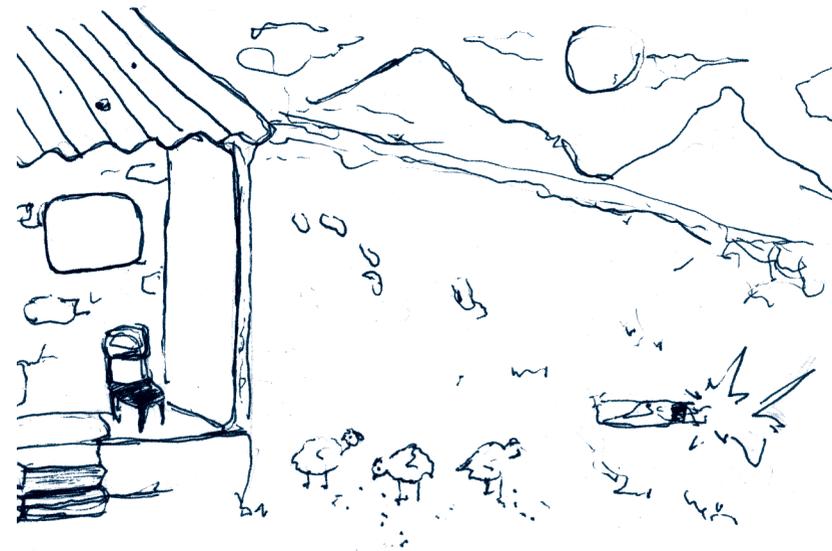
deberes y burlándose de sus maestras nuevas. Yo me hacía invisible y trataba de oír todo lo que decían a pesar del silbido de los plátanos que se freían. En las mañanas, dibujaba con mis dedos las puntadas de mi aguja, imaginándome lo que mis hermanos hacían en el colegio.

—Seño, me muero de calor.  
Puede mover su cabeza.

Sus palabras evaporan mi fantasía y me doy cuenta de que mi cabeza está recostada sobre su hombro. El señor, desgastado por los años, o quizás por la jornada, me mira con ojos melancólicos y suplicantes. Me acomodo y acuesto mi cabeza contra la pared metálica. Mi piel, húmeda por el sudor, se despega de brazos y piernas desconocidos. Cierro mis ojos mientras una gota triste de sudor baja por la curva mi cuello.

Extraño las cosas que nunca reconocí. Eran tan diminutas que pasaba día a día sin dedicarles una mirada. Extraño el olor de mi casa, una mezcla de frijol y gallinas luchando contra el malolor del río cercano. Extraño la grama de mi jardín, ápsera como

la cabeza de un soldado. Extraño acostarme en mi cuarto y mirar a las estrellas saludarme entre los espacios del techo de lámina, mientras el aire se llena de los sollozos de los cohetes que celebran el cumpleaños de alguien. Extraño las manos de mi abuela, arrugadas como el río en un día con poca brisa; extraño la voz de mi papá, tan ruda y varonil. Extraño las innumerables huellas que quedaban en los caminos polvorientos después de misa, y cómo mis hermanas y yo tratábamos de adivinar a quién pertenecían. Extraño manosear la fruta colorida del mercado mientras las vendedoras chismoseaban



con voces urgentes. Extraño cómo los dedos de mi hermana Luisa se entrelazaban en mi pelo y tejían trenzas perfectas. Dejo que las memorias se envuelvan en mi cuerpo, como ramas que me arraigan a mi casa. Mi corazón parece latir sobre vidrio roto y empiezo a pensar en él.

Mi cara está empapada con una mezcla de sudor y lágrimas. No es raro ver a alguien soltando llantos en el pick-up. Al principio, partían el aire denso como una bala; pero ahora se han vuelto la banda sonora del viaje. Otras canciones incluyen la melodía del carro esforzándose por subir una colina, el suspiro intranquilo del viento, el murmullo del tiempo perdido y la respiración preocupada de nueve mexicanos, cuatro guatemaltecos y tres salvadoreños.

Saco la foto maltratada de la copa de mi *brasier*, donde descansa contra la palpitación de mi corazón. La foto cae en mis manos como una flor marchita. Mis ojos se llenan de lágrimas saladas, pero estoy tan cansada de llorar que sólo dejo que se queden reposando en mis ojos y haciendo que mi vista se desdibuje.

Lo amé desde los 13 años. Él tenía 15 cuando lo conocí. La primera vez que lo vi fue un miércoles, porque era el día que yo tenía que bajar al río para lavar la ropa. Balanceaba la canasta enorme sobre mi cabeza, como las señoras que venden tortillas. De repente, sentí dos manos sobre mi cintura y perdí el equilibrio. Quedé acostada sobre el suelo, con una lluvia de ropa desgastada cayendo sobre mí. Me empecé a incorporar, tratándolo de recuperarme del miedo y, desde un arbusto cercano, oí una risa. Era una risa extraña y juguetona, una risa que nunca había oído. Me hacía pensar en las alas inquietas de una mariposa. Mi cara se volvió un rubí pulido y, en una mezcla de pena y enojo, corrí hacia los arbustos. Y ahí estaba él, matándose de la risa. Lo primero que hice fue darle un cachetada.

— ¡Ay! ¡Qué enojada!

Se sobaba la mejilla mientras trataba de contener las lágrimas tras un incesante parpadeo.

— Niño tonto... ¡ayúdeme a recoger la ropa que botó!

Se levantó y me ayudó a recoger las prendas derperdigadas. Cuando terminamos de recoger la ropa, rompió el silencio.

—Me llamo Juan Daniel Chamalé, pero todos me dicen Juan.

—Yo soy Yasmín Tuxoy.



En eso tomó mi mano y me plantó un beso en ella. Ese beso creció durante ese año y, poco a poco, se volvió el enorme abismo de amor que tan silenciosamente devora a los adolescentes.

—¿Quién es ese chavo, vos? ¡Pero qué chulo!

Alguien en el pick-up está extendiendo su cuello y no quita los ojos de mi foto. Más y más gente se voltea y quiere ver qué está pasando. Pliego la foto sobre sus dobleces y la metó en el refugio de mi *brasier*. Es lo único que me queda de él que puedo llevar a todas partes.

—¡Bájense! ¡Bájense! Estamos a un kilómetro de la frontera. ¡Rápido, pues!

Uno de los coyotes, sus ojos resentidos, nos grita órdenes. Todos se bajan del baúl letárgicamente. Estiro mis piernas que, por un número de días desconocidos, han estado encogidas bajo el peso de mi cuerpo y mi dolor, presas en el pick-up. Quiero caminar, pero no hay nada hacia qué caminar en este desierto. Quiero correr, quiero moler esta

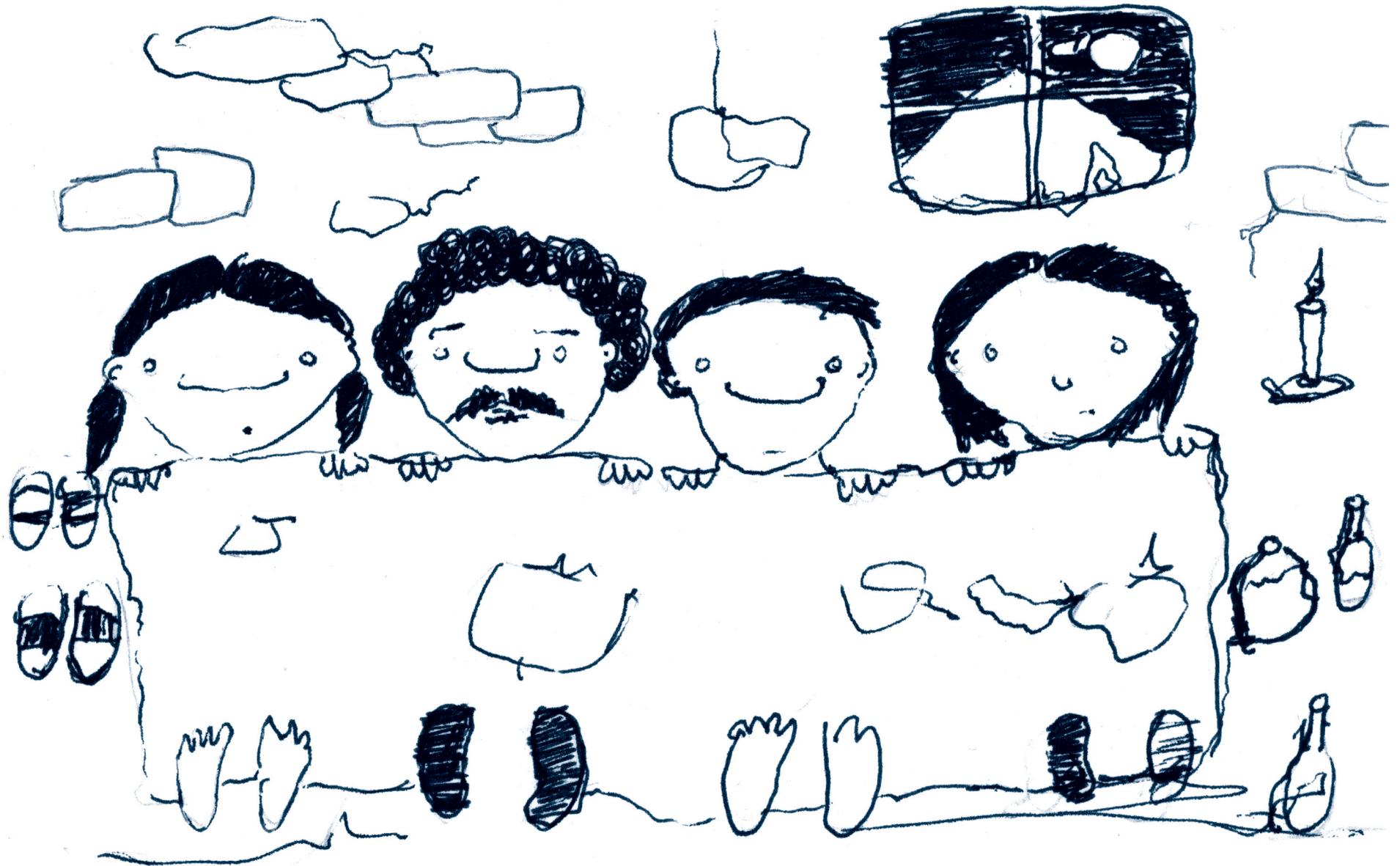
tierra desconocida bajo mis pies, quiero gritar. He perdido la razón, la atropelló un carro pasajero, la comió un cactus, la mató la *migra*.

—¡Oíganme, pues! Vamos a quedarnos aquí hasta la una de la mañana. Tienen dos horas para descansar. Tenemos un viaje largo por delante. Necesito que todos se metan a esta casita y que no hagan ningún ruido. Está bien, ¿chavos?

Así nos indicó Óscar, uno de los coyotes. Creo que si Juan conociera a Óscar se llevarían muy bien. La brisa suave refresca mi piel y el sudor que la tapiza se ha vuelto sólido. No sé dónde estamos. Me siento como un punto insignificante en un mapa. Eso es lo que somos todos, ¿o no?, sólo que estamos divididos por líneas invisibles. Unos estamos del lado de la pobreza, la corrupción, el maltrato y la poca educación, mientras otros están en el lado de las oportunidades. Cómo hace tanta diferencia una división imaginaria; una línea que yo estoy dispuesta a borrar esta noche. Los gringos no me pueden enjaular. Yo me merezco un *chance*.

Yo me merezco una vida. ¿Y qué le dirán a la vida dentro de mi vientre?, ¿no se merece una vida llena de seguridad, sea conmigo o con papás más agradecidos o quizá con Dios? Yo no traigo drogas. Yo no soy marera. Nos juzgan antes de darnos una oportunidad. Por la culpa de un manojo de almas perdidas, todos nos volvimos delincuentes. En vez de darnos un sí o un no claro, nos dan un sí enmascarado de no, y después nos discriminan mientras nos tiran el trabajo sucio que ninguno de ellos quiere hacer. Yo voy a borrar esa línea.

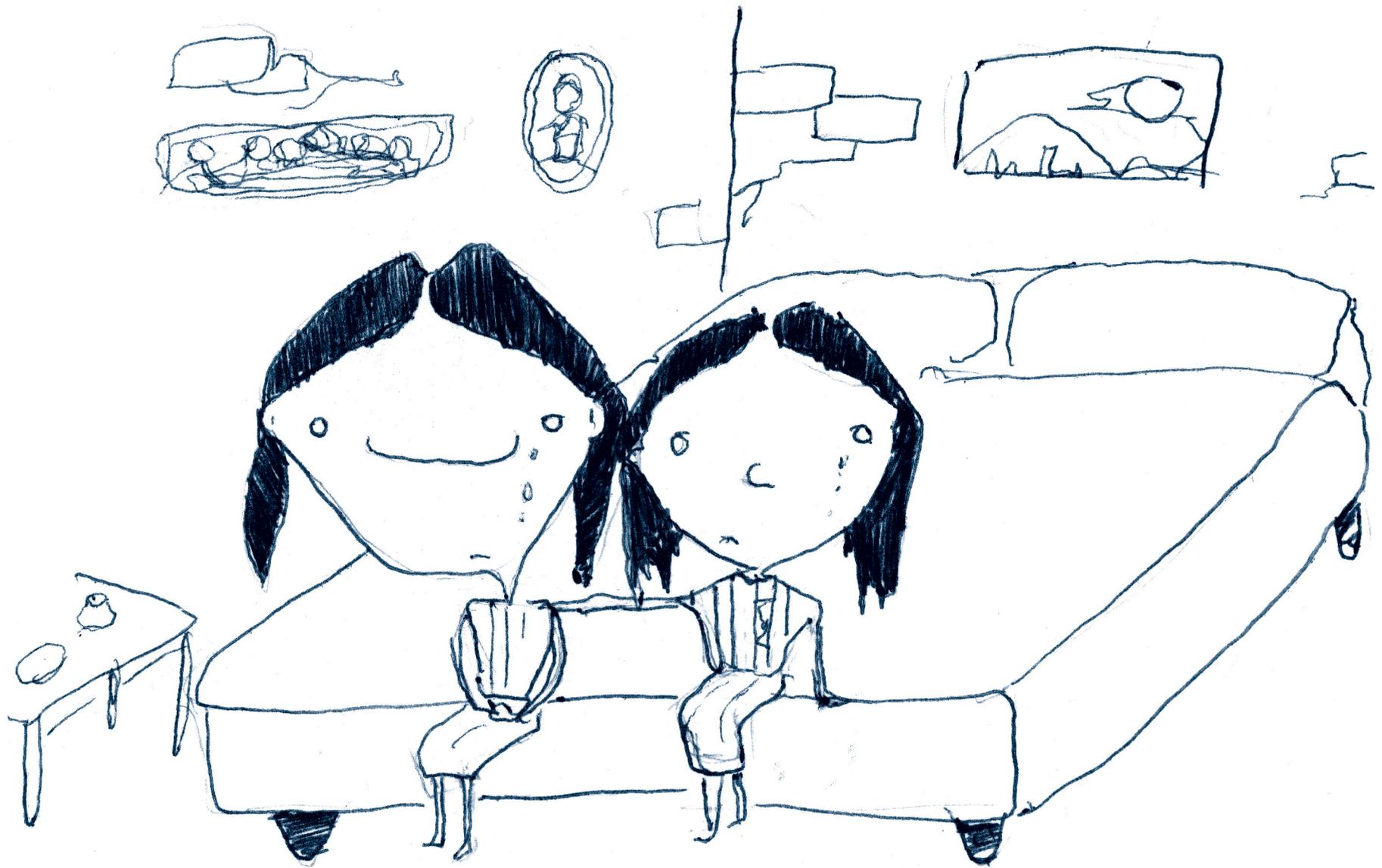
Todos nos amontonamos dentro de la casita abandonada. Óscar nos pide que nos acostemos en el suelo para que no nos vean por las ventanas. Como sardinas dentro de una lata, todos nos amontonamos dentro del rancho. Por lo menos entra brisa para disipar el calor humano. Es raro cómo entre tanta gente una se puede sentir tan sola.



Cómo extraño a Juan. ¿Qué estará haciendo ahorita? Ojalá que esté pensando en mí. Todo lo que yo veo me recuerda a él. Estuvimos juntos desde mis 13 años. Creamos tantos momentos juntos. Todas las veces que él me trató de enseñar cómo pescar y que yo le traté de enseñar cómo coser sus propios botones. Todos los partidos de *fut* donde yo metí un gol y él, por orgullo, pretendía que sólo se había dejado. Todos los besos robados, los besos regalados, los besos escondidos. Por qué tuve que... ¡No! ¡Yo tenía que irme! ¡No había otra opción! Juan quería este bebé, y yo también, pero el destino y mis padres no.

El día que averigüé fue el día que el sol se apagó como un foco viejo. Había amanecido con mucha náusea. Vomité en la mañana y mi padre dijo que no debía ir a la sastrería. Ya había amanecido así dos veces esa semana, entonces me tomé el día para ir a un pueblo cercano llamado Magdalena, que queda a unos dos kilómetros. Allí había un doctor que no cobraba mucho. El médico me examinó y me preguntó varias cosas acerca de mi relación con Juan. Después de un corto silencio, me miró a los ojos con pena y me dijo: “niña, usted está embarazada”.

En el camino de regreso a casa, mi mente quedó en blanco. Nunca pensé en esta posibilidad. No me podía imaginar a otra persona creciendo dentro de mí. Eso fue lo que más pensé: hay una persona en mi panza. Y cada vez que lo pensaba ponía mis manos sobre mi torso flaco. Lo otro que pensaba era que le tenía que contar a Luisa. Me quedé esperando a la par de la puerta de mi casa, esperando que regresaran mis hermanas. No más oí sus risas fuera, abrí la puerta y jalé a Luisa de la mano, llevándola a mi cuarto. Cuando le conté, ella soltó un llanto penetrante. Bañaba mi cama de llantos. Yo no entendía, pero Luisa me dijo que cuando yo era pequeña, teníamos una hermana mayor, Alma. Alma había quedado embarazada cuando tenía 16 años, pero cuando le dijo a mi papá su rabia se derramó por la casa completa. Mi padre y mi hermano mayor fueron a la casa del novio de Alma esa noche y lo mataron. Alma estaba deshecha y le trató de hablar a mi padre. La ira es sorda. El cincho cayó sobre la piel desnuda de mi hermana durante toda una hora. Su sangre llovió sobre el suelo de la cocina mientras ella se arrastraba y trataba de huir. Mi papá la levantó del pelo, su rifle extendido sobre su cabeza como una bandera de orgullo. Cargó el



frío pedazo de metal y mi hermana, tartamudeando un retrasado perdón entre lágrimas y sollozos, se hincó frente a él. La bala instantáneamente acalló los sollozos y Alma quedó extendida sobre la tierra helada, indignada. Mi padre le dijo a toda la familia que si mencionaban lo que había pasado o repetían el nombre de Alma él se aseguraría de que se reunieran con ella. Yo apenas tenía 8 meses cuando eso pasó.

Al principio, balbuceé, incrédula ante lo que contaba Luisa. No podía imaginar a mi padre haciendo semejante cosa. Pero Luisa me enseñó una foto de Alma, y todo tomó sentido. Mamá y sus visitas místicas al cementerio. El odio que mi padre sentía por cualquier novio que traíamos a la casa. La inquietud con la que Luisa me sonreía cuando le contaba del amor que sentía por Juan. Alma tenía los ojos iguales a los míos, cómo granitos de café.

La historia de Luisa fue suficiente para que ambas mojáramos mis tiasas sábanas con lamentaciones. Luisa me abrazaba con fervor y yo dejaba un lago en su hombro. Nos quedamos así por quién sabe cuánto tiempo. En fin, exhaustas por los llantos,

Luisa puso un mechón de pelo detrás de mi oreja y me dijo que era hora de hacer un plan. Yo estaba perdida, no sabía ni cómo comenzar a pensar en qué hacer. Lo único que tenía claro era que se lo tenía que decir a Juan.

Mis pies me llevaron a su casa sin que yo me diera cuenta. No sentía nada, mi cuerpo parecía estar dormido. Sólo podía oír cómo mi corazón retumbaba dentro de mis costillas. Esto no podía estar pasando. Mis ojos ya no podían brotar lágrimas, el dolor había escalado a un punto donde eso ya no era opción.

Cuando Juan vio mi cara, inmediatamente me abrazó con la delicadeza más sincera. ¿Qué pasa nena, qué pasa? Me suplicaba una respuesta, pero yo no podía encontrar las palabras; se quedaban pegadas a mi garganta. Trataba de perderme dentro del abrazo de mi novio, como siempre lo hacía, pero esta vez la realidad amarga no dejaba que yo me evadiera. Juan esperó con paciencia, acariciando mi espalda, besando mis mejillas, sin una sola palabra, esperaba a que le informara de lo que estaba pasando.

—Juan, yo tenía una hermana que se llamaba Alma...

Le conté, y las palabras salieron de mi boca con una velocidad incontrolable, parecía que estaba vomitando la historia. Le conté todo, lo que le pasó a Alma, cómo mi papá nos mataría a ambos, cómo teníamos que hacer algo. Le conté y le conté hasta que ya no encontré más palabras para decirle lo que estaba pasando.

Juan se quedó en un silencio pensativo. Yo lo miraba con esperanza: Juan siempre sabía qué hacer. Él tenía la solución a este problema dentro de su boca, y sólo estaba buscando las palabras correctas.

—Yasmín, le tengo que hablar a tu papá. Es lo único que podemos hacer. Yo le voy a decir que te voy a cuidar y que te amo y que él no va tener que pagar ni un centavo. Él va a entender.

No. Era la única palabra que podía usar para expresar mi opinión acerca de la idea de Juan.

Se lo traté de decir un millón de veces, pero Juan no lo quería aceptar. No quería entender que, para mi padre, esto era más que dinero; esto era honra. Lo discutimos horas y horas y, cada vez, mi esperanza iba carcomiéndose más y más. Siempre había amado cómo mi Juan era tan testarudo y seguro, pero esta vez yo sabía que estaba equivocado, y si él hacía las cosas a su manera nos iba a costar caro a los dos. Dije esto, cada vez buscando nuevas palabras para explicárselo, pero no le entraba en la cabeza.

Traté de darle otras posibilidades. “Vamos a los Estados, nos vamos de mojados juntos”, le decía. Él no quería, él se quería quedar en Viejo Día y criar al bebé. Igual, no teníamos el dinero para que los dos nos fuéramos a otro lugar a empezar de nuevo. Lo único que teníamos era el dinero que ambos habíamos estado guardando para casarnos algún día. Habíamos estado ahorrando desde hacía dos años; yo, lo que ganaba los sábados cuando ayudaba a las mujeres del mercado, y Juan, de su trabajo pescando en el río. Él me decía que cada pez que atrapaba era más dinero para un vestido de princesa que yo

me pondría en nuestra boda. Sin embargo, esa escasa fortuna que yo tenía guardada debajo de mi colchón no alcanzaba para ningún coyote.

En ese momento, comprendí que por más que doliera iba a tener que manejar esto sola. Juan no entendía el peligro y esta vez no tenía la solución. Esta vez no iba a ser el amor el que nos sacara adelante. Yo iba a tener que ser fuerte y hacerlo sola.

—Juan, tenés razón. Nene, le voy a hablar a mi papá. Le voy a explicar que nos vamos a casar y que me vas a mantener. Me voy a esperar un rato, porque ahorita él está muy ocupado con la sastrería, pero cuando todo esté más tranquilo, yo le explico. Dejame hablarle primero, y si no sale bien le decís vos.

La mentira dejaba un regusto amargo en mi lengua. Nunca había mentido a Juan; él conocía mis secretos más íntimos. La verdad es que me conocía tan bien como yo me conocía a mí misma. Él sabía que me daba cosquillas cuando

me besaba el cuello. Él sabía que me muerdo el labio cuando pienso. Él conocía los dos hoyuelos que tengo en mi espalda. Él sabía que yo detesto el chocolate. Él sabía que yo me inventaba mis propias canciones cuando estaba sola y, a veces, cuando me sentía especialmente confiada, se las cantaba y él siempre las amaba. A pesar de todo esto, la mentira pasó desapercibida y yo podía ver cómo se enrollaba alrededor del cuello de Juan, ahorcándolo. Estaba satisfecho con mi respuesta y, con un beso apasionado y un abrazo lleno de ternura, nos despedimos.



Fui a caminar a la par del río, algo que siempre hago cuando tengo que pensar. No le iba a decir nada a mi padre, eso lo tenía por seguro. Él nos iba a matar, sin importar con qué palabras le explicara la situación. Juan se iba a enterar de que yo no había dicho nada y él iba a tratar de hablar con mi padre, lo cual resultaría en dos cadáveres fríos en el cementerio. Los dos nos teníamos que ir, era la única forma de salvar nuestras vidas. Juan ni a patadas iba a irse si no supiera que yo me iba a ir de inmediato con él y, ahorita, no había manera de hacer eso. Volteé a mirar a la luna, meditando sobre la situación, dándole vueltas en mi mente, cuando de repente, como un relámpago, encontré la solución. Me iba a tener que ir y cuando llegara a los Estados iba a conseguir trabajo para ahorrar dinero para traer a Juan. Los dos viviríamos en los Estados, juntos, felices, con nuestro bebé.

Juan no me iba a dejar ir sola, por lo tanto, no le podía decir. Yo conocía las historias de las mojadadas, cómo se morían y cómo las violaban; pero mi destino aquí en Viejo Día no sería muy diferente si me quedaba. Si me iba Juan no se

iba a atrever a decirle a mi papá lo del embarazo, porque mi papá lo iba a culpar por mi fuga. Todo sería un secreto, un doloroso secreto. Mi respiración se profundizaba; yo iba a salvar a Juan, iba a salvar a mi bebé y yo iba a salvar mi vida. Yo tenía que enfrentar este problema con coraje y no quedaba nada más que hacer.

Al llegar a mi casa, conté los ahorros. Me faltaba para pagar a los coyotes. Necesitaba 2,500 dólares antes de irme, y otros 2,500 cuando llegara a los Estados. La última parte normalmente la pagaba algún familiar que ya viviera allá. Mi primo, Francisco, tenía casa y familia por allá, entonces decidí que lo iba a contactar. Pero antes necesitaba la primera parte del dinero. Le conté mi plan a Luisa. Devastada, me dió sus ahorros. Aunque ella no quería que me fuera, sabía que era la única opción. Luisa también me llevó con mis primas que viven en la ciudad. Marta y Josefa oyeron mi historia y estaban dispuestas a ayudarme. No sólo me prestaron lo que me faltaba de dinero, sino que también me pusieron en contacto con Gonzalo, el coyote más reconocido y el mejor amigo del novio de Josefa.

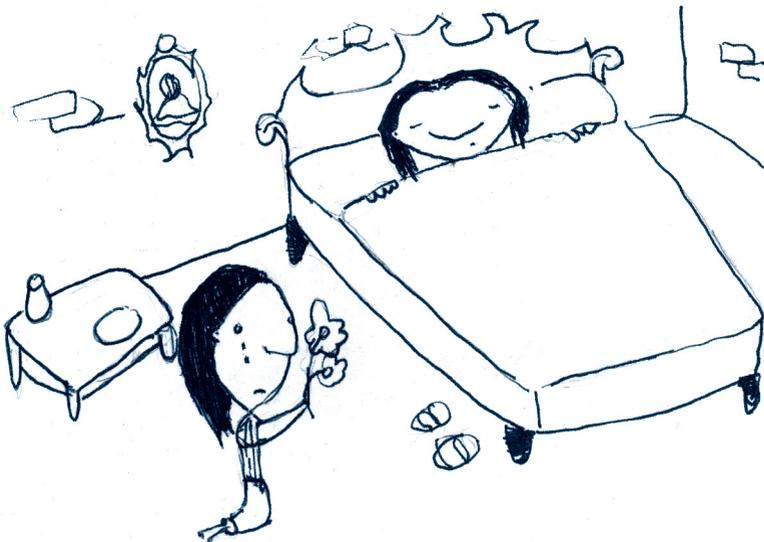
También llamé a mi primo Francisco. Él, aunque no apoyaba mi razón para ir a los Estados, dijo que me prestaría el dinero. Quedamos en que yo trabajaría en su casa por un año para devolvérselo y que, al mismo tiempo, me podía quedar a vivir con él.

Luego, contacté al coyote. Gonzalo me dijo que él me podía ayudar y le di la primera parte del dinero. Salíamos en tres días. Tres dulces días en los que estuve más apegada a Juan que nunca. Él pensaba que era porque tenía miedo de hablar con mi papá, entonces me tenía toda la paciencia del mundo. Pasábamos todas las horas posibles juntos. Íbamos al río a platicar del futuro. Juan no paraba de hablar del bebé y de los nombres que le podíamos poner. Si era hombre quería que le pusiéramos Adán, como en la Biblia. Y si era mujer, Miriam, dijo. Había ratos durante esos días en que me la pasaba riéndome hasta que el estómago me dolía de la alegría. Otras veces, lloraba y le decía a Juan que lo quería mucho, y el pobre Juan, que nunca ha podido soportar verme llorar, me limpiaba las lágrimas y me decía que él más.

Mi última noche en Viejo Día recolecté mi foto favorita de Juan y la guardé en mi *brasier*, a la par de los 17 dólares que habían raspado mis primas y Luisa a última hora. Por cualquier cosa, me dijeron. Me lavé el pelo, me bañé en el río helado, y puse una flor en el lugar donde se me cayó la canasta de ropa. Fui a darles un beso a mis hermanos en la frente y les dejé mi trompo y mi muñeca favorita. Dejé una margarita a mi mamá sobre la almohada y le acaricié el pelo, como siempre le encantaba.



Dejé otra margarita a mi papá y le di un beso y un abrazo, inhalando su olor por última vez. Luisa estaba sentada en mi cama, dejando que lágrimas silenciosas bailaran en sus mejillas. Se las limpié con mi pulgar y, escondiendo las lágrimas bajo mis parpados, le susurré que tenía que ser fuerte. Nos abrazamos por un largo rato y dejé otras tres margaritas en sus piernas. Una para ella y las otras dos para mis primas. Salí por la puerta, y oí un sollozo violento que flotó hacia mí desde la ventana de nuestro cuarto. “Te quiero mucho”, le dije a la noche y deseé que le enviara el mensaje a Luisa.



Mi última parada fue en la casa de Juan. Me asomé a su ventana y trepé cuidadosamente, tratando de no hacer ni un sonido. Lo había hecho tantas veces que la acción ya estaba programada en mis músculos. Me senté en el piso, frente a la cama de Juan, y me quedé mirándolo, dejando que cada rasgo quedara pintado en mi mente: sus pestañas largas y finas que suavizaban la expresión de su cara; su nariz, torcida por una pelea que tuvo con un compañero hace siglos, bañada en pecas diminutas; sus cachetes de terciopelo, recién rasurado; sus labios, tan tiernos, con besos escondidos en las esquinas de su boca, como secretos. Esa cara que me acompañó por cuatro años siempre va a estar conmigo. Es la cara de mi amor. Es la cara que me secó mis lágrimas, que me enseñó cómo nadar, que me hizo reírme sin cesar. Dejé una carta en su almohada, explicándole lo que iba a hacer. Le conté de Gonzalo y de cómo personalmente había prometido que me iba a cuidar. Le conté del dinero que me tuve que llevar y cómo iba a conseguir un buen trabajo con mi primo, siendo empleada de casa. Le conté que iba a mandarle el dinero cuando lo tuviese, así se podía venir

a vivir conmigo. Le conté que lo iba a llamar al segundo que pudiera y, en ese segundo, cuando volviera a oír su voz, iba a derramar un torrente de lágrimas. Le dije que esperaba que me pudiera perdonar por mentirle, que lo había hecho para salvar nuestras vidas. Le prometí que todo iba a salir bien. Le dije que estaba haciendo esto porque lo amaba, y que eso nunca iba a cambiar. Le dejé una rosa en su almohada, la había conseguido especialmente para ese momento. Josefa me la dio cuando fuimos a la ciudad, ya que nunca había visto una rosa natural. La había cuidado desde entonces, y ahora se la estaba dejando a Juan.

Le estaba dejando un último beso cuando Juan, abriendo sus ojos de miel, me miró a la cara. “Te amo”, le dije y se volvió a dormir. Con eso salí por la ventana y me marché a la gasolinera donde me esperaba Gonzalo y el pick-up vacío. Poco a poco se fue llenando y pasó el tiempo eterno, y aquí estoy, como una sardina, descansando, pensando en Juan y preguntándome qué pasará.

—¡Vaya muchachitos, levántense! Es la una, ya va a empezar nuestra larga

caminata, la que me gusta llamar “un paseo por el infierno”. Vamos a entrar en un túnel bajo tierra para pasarnos al otro lado. Van a tener que gatear porque el túnel es pequeño. Tiene aproximadamente un kilómetro; va a haber calor y va a ser apretado. Les solicito que no hagan bulla y si nos hacen caso y se portan bien en menos de tres horas vamos a estar en los Estados Unidos.

¿Una qué le dice a eso? Estamos a un kilómetro de la frontera, y eso quiere decir que va a tomar como tres horas. El silencio nos devora y camino hacia la noche infinita. No hay nada en el horizonte, sólo veo mis pies, tan lejos de su tierra. Las estrellas son como pecas en el cielo. La noche, a pesar de las dolorosas circunstancias, es bella. El cielo nocturno se ve con tanta claridad que siento que es como una frazada desgastada. El aire del desierto está muy quieto y seco. Tengo frío y sed, pero no hay tiempo para alegrar. Con cada paso que doy me acerco a esa línea imaginaria, me acerco al otro lado, me acerco a la seguridad, a la oportunidad.

No me imagino cómo va a ser el otro lado. Yo ni siquiera sé hablar inglés. Tal vez mi primo me enseñe cuando llegue a San Diego, California. Él se pasó de mojado hace tres años y ya tiene muchos contactos ahí. Tengo miedo, y es raro, nunca había sentido un miedo tan feo. Siempre le he tenido miedo a mi padre, le he tenido miedo a las alturas y a La Llorona, pero nunca nada como este miedo. Este miedo me cubre los ojos con sus manos frías y no puedo ver lo que va a pasar. Siento como si me estuviera cayendo y cayendo y nunca fuera a llegar al piso. Tengo miedo de asfixiarme en ese túnel. Tengo miedo del calor que me espera. Tengo miedo de la *migra*. Tengo miedo de los gringos. Tengo miedo de que nunca vaya a volver a ver a Juan. Juan y sus ojos de miel.

—¡Entren callados!

Óscar nos susurra y todos empezamos a entrar a una bodega abandonada. La bodega es muy oscura y pequeña. Los 19 estamos contra las paredes, sin ver nada, hasta que Gonzalo prende su encendedor. Usando la llamita pequeña, Gonzalo se agacha y con la ayuda de Óscar y

el otro coyote levantan tres tablas de madera, dejando una boca enorme en el piso. Todos nos asomamos a mirar. Se ve como un pozo eterno.

—Es hora de empezar a bajar. Cuando los señale quiero que bajen. Óscar va a ir delante, Mauricio va en medio y yo detrás. No hagan ni un sonido.

Las palabras de Gonzalo son tan calladas que apenas alcanzo a oírlas. Gonzalo le reparte un encendedor a cada coyote, y el hoyo traga a Óscar. Poco a poco la gente empieza a desaparecer dentro del túnel. Todo está pasando a cámara lenta, como si estuviéramos nadando debajo del agua. Me estoy alejando cada vez más y más de mi patria, la que he conocido toda mi vida. Mis venas y su sangre latina, soy como un pez tratando de salir del agua. Todo lo que conozco, Tortrix, las quinceañeras, el español y sus sonidos tan picantes, la música ranchera, la arena negra, los mayas, todo se queda atrás. Tengo que empezar de nuevo, desde cero. Mi piel morena resaltando entre la multitud de gente con piel de nieve. Mi vida como una candela



derritiéndose, y sólo quedo yo, la mecha entre mis lamentaciones de cera fundida. ¿Cómo se sentirá del otro lado?

— ¡Yasmín!

Gonzalo es la única persona que queda en el cuarto oscuro. Con un dedo largo y cansado señala el hoyo. Lentamente, camino hacia él y en mi mente me despido de todo lo que conozco. Hay una escalera apoyada contra la pared y puedo ver dos llamitas microscópicas abajo. El miedo a lo nuevo y desconocido ha evaporado mi miedo a las alturas. Peldaño tras peldaño bajo la escalera antigua, sumergiéndome en la oscuridad, que me abraza como el calor en la costa. Las llamas se acercan hasta que finalmente están frente a mis ojos y me acuesto sobre la tierra.

Minutos después, Gonzalo aparece detrás de mí y veo que la entrada del túnel ha sido tapada. Está completamente oscuro y mis ojos, lentamente, se acostumbran a la falta de luz. La única manera de avanzar en el túnel es gateando, e incluso así el techo está a unos centímetros de mi cabeza.

Las paredes están a poca distancia de mis brazos y, sin darme cuenta, mi respiración se vuelve corta y nerviosa. El calor empieza a escalar por mis piernas como hormigas. Siento que me va a tragar el túnel, que me va a masticar y digerir, y que nunca voy a salir. Empezamos a gatear.

Pienso en todas las personas que han atravesado este lugar en búsqueda de una vida más contenta. ¿Cuántos de ellos son felices?, ¿cuántos de ellos tienen dólares verdes y bonitos en sus manos?, ¿a cuántos de ellos los tratan bien?, ¿les dicen mojados?

Hay gente a quien le molesta la palabra mojado. A mí no, yo SOY mojada. Yo tomé los riesgos. Yo dejé todo atrás. Busqué el dinero en las cuatro esquinas de mi pueblo. Tengo un corazón latino que no para de palpar. Tengo pelo que se eriza cada vez que alguien dice “la *migra*” y he perdido la cuenta del tiempo. Yo SOY mojada. No crucé un río y soy mojada. Mojada por el sudor que sigilosamente cubre cada superficie de mi cuerpo. Mojada por la humedad de andar y andar en un túnel sin fin. Mojada de pensar en lo que dejé y

lo que me espera. Yo SOY mojada ¿y qué? No fue fácil y cuando llegue al otro lado nadie me va quitar esta medalla de orgullo que traigo puesta.

Latina nací, latina moriré. Esos gringos no me van a quitar la patria de mis venas. Yo voy para allá por el dinero. Yo voy para allá por la seguridad de mi futuro. Voy para allá porque los amo y los voy a proteger. Espero poder hablar con Luisa para decirle que sobreviví. Espero traer a Juan y espero que él no tenga que sufrir días de soledad, dudas y miedo.

—Llegamos al tope.

Una voz rompe el sonido de rodillas arrastrándose por el polvo. El tiempo se escapó; he perdido la dimensión de cuánto tiempo realmente hay en tres horas. Gonzalo dice que hemos estado en el túnel tres horas, pero yo lo he sentido como una eternidad. Estamos aquí, en los Estados Unidos. Todos empiezan a trepar la escalera y mi corazón late como un tambor desesperado. ¿Cómo se va a sentir el aire aquí? No sé ni qué pensar, sólo pongo un pie en cada grada, mi mente ya

acalambrada de soledad, tristeza y pensamientos. Veo luz. Estamos en otra bodeguita triste, es un poco más grande.

— *Güelcom tu de Llunaited Stays.*  
Bienvenidos a los Estados Unidos.

Gonzalo empieza a aplaudir mientras Óscar nos felicita. Gritos y aplausos vienen de todas las direcciones. Todos nos empezamos a abrazar. Estamos aquí. ¡Estamos aquí! Hay lágrimas en mis ojos otra vez, no lo puedo evitar. Lo hice, sola, lo sobreviví. Aquí estoy, sana y salva.

Los coyotes no nos dejarán salir de la bodega hasta que reciban la otra parte del dinero. Todos le pagan una llamada y contactan a sus familiares. Llamo a Francisco y me saluda con entusiasmo. Cuando hablo, las palabras se hunden en mi boca con densidad. Me doy cuenta de que no he hablado desde que me despedí de todos en Guatemala. Le explico la situación a Francisco y dice que llegará en 20 minutos.

Oigo pedazos de conversaciones ajenas que juntas son un rompecabezas de nuestra realidad:

—Sí, José, 2,500 dólares. ¿Cómo que yo sólo dije 1,500?...

—¿Me conseguiste trabajo? En la fábrica de zapatos... ¿y cuánto pagan?...

—Le puedes decir a mi mamá que ya llegué bien... sí, fue largo...

—No... Güilian se quedó en el camino... no sé qué le pasó...

—Traé el dinero a la gasolinera que queda... ahí... sí, a la par del McDonald's...

Gonzalo me avisa de que ya llegó mi primo y le pagó. Después de agradecerles a Gonzalo, Óscar y Mauricio, salgo de la bodega y estoy en una calle enorme. Hay rótulos en todas partes, colores brillantes, luces fosforescentes como luciérnagas. Los edificios tocan el cielo. Alguien se tropieza

contra mí y sigue caminando. ¿Dónde rayos estoy? Todo es tan grande, tan ruidoso, tan chillón. Todo se ve tan diferente, pero yo me siento exactamente igual. Es como cuando uno tiene un cumpleaños y siente que debería de sentir un cambio, pero no hay ninguno. No entiendo lo que pasa alrededor de mí, pero mi corazón sigue palpitando como cuando estaba del otro lado. Sigo respirando aire, como el aire de Guatemala. Soy la misma, yo, pero todo lo demás es diferente. Alguien para a la par mía y me pregunta algo incomprensible. Se desespera después de que encojo los hombros y me grita algo. Las luces están cambiando en todas partes. Pasa un carro con música detestable a todo volumen. Miro para arriba. La luna me saluda, con su cara fría y familiar. Todos somos del mismo mundo, le susurro a mi estómago mientras lo sobo.

“Yasmín, vámonos a casa”, dice mi primo desde la esquina de la acera. Corro hacia él, volteándome hacia la bodeguita desolada, hacia el camino largo que tomé, una última vez. Adiós Guatemala...



### *Orly Michaeli*

Nací en Ciudad de Guatemala el 21 de marzo de 1991. Empecé a estudiar en el Colegio Americano de Guatemala en 1996, donde he estudiado durante 13 años. Asistí a una taller de escritura de ensayos críticos con el Center for Talented Youth (Centro para Juventud Talentosa) en junio de 2005.

Con este mismo programa tomé dos talleres virtuales sobre escritura de ensayos básicos y poesía. En 2008 fui aceptada en el prestigioso Iowa Young Writer's Studio de la Universidad de Iowa. Ese mismo año gané un premio del National Council of Teachers of English (El Consejo Nacional de Maestros de Inglés) por unas obras de ficción. En la competencia participaron estudiantes de todo el mundo que asisten a colegios americanos. En 2009 fui aceptada en la Universidad de Columbia, Nueva York, y planeo sacar mi carrera como escritora allí. Esta historia sobre inmigración ilegal la escribí para mi clase de español cuando tenía 14 años, aunque la volví a editar más tarde.

### *Edgar Cordón*

Nací en Guatemala en julio de 1986. Estudié dos años en la Escuela Nacional de Artes Plásticas, donde trataba de pintar con todo lo que me encontraba. En 2007 estuve trabajando para la agencia publicitaria de una empresa de jugos llamada Naturalísimo.

En 2008 pinté dos murales para el Foro Social de las Américas bajo el tema "La resistencia de los pueblos indígenas", y estuve colaborando con el Festival de Hip Hop de Guatemala, donde pinté con gente de California, Costa Rica y Nicaragua. Ese mismo año hice un mural en Rabinal con compañeros colombianos para la película "El regreso de Lencho".

La mayoría de mi trabajo se ha desarrollado en las calles.

---

*Embajada de España en Guatemala*

**Carmen Díez-Orejas**

Embajadora

**Christian Celdrán**

Consejero cultural

---

*Centro Cultural de España en Guatemala*

**Jorge Castrillón Castán**

Dirección

**Beatriz Fernández Molinero**

Laura Luja

Maya Lemus

Gestión cultural

**Luisa González-Reiche**

Coordinadora área de formación

**Emiliano Valdés**

Coordinador artes visuales

**Marco Canale**

Coordinador artes escénicas

**Gemma Gil Flores**

Coordinadora editorial

**Matxalen Díez Vivanco**

Proyectos en red

**Lucía Menéndez**

Diseño gráfico

**Margarita Pérez Cruz**

Biblioteca

**Pedro Raxón**

Contabilidad

**Eric García**

**Adolfo Gómez**

**Gladis Hernández**

**Aracely Noriega**

**Alba Luz Pérez**

Asistencia técnica

---

**CCE/G**

Centro Cultural de España  
Guatemala



[gestion@ccespana.com.gt](mailto:gestion@ccespana.com.gt)

[www.cceguatemala.org](http://www.cceguatemala.org)

[www.cceguatemala.blogspot.com](http://www.cceguatemala.blogspot.com)

Teléfono 2385-9066

Vía 5, 1-23 zona 4, 4° Norte

Ciudad de Guatemala, 01004